



CAPÍTULO XXX

Lucha contra los hebertistas



A en diciembre de 1793 hablaba Robespierre del próximo fin de la República revolucionaria. «Veamos, decía, porque la muerte de la patria no está lejos (1).» Y no la presentía él solo: la misma idea aparecía cada vez con más frecuencia en los discursos de los revolucionarios.

Toda revolución que se detiene en la mitad de su camino inicia necesariamente su pérdida. Era tal la situación de Francia al finalizar el año 1793, que habiéndose detenido en el momento en que buscaba nueva vida en la vía de los grandes cambios sociales, la Revolución se abismaba en luchas interiores y en un esfuerzo, tan infructuoso como impolítico, dedicado al exterminio de sus enemigos al mismo

(1) *Jacobinos*, sesión del 12 diciembre 1793, t. V, p. 557.

tiempo que montaba la guardia en defensa de sus propiedades (1).

La fuerza misma de los acontecimientos orientaba a Francia hacia un nuevo impulso en un sentido comunista; pero la Revolución había permitido la constitución de un «gobierno fuerte», el cual aniquiló a los rabiosos y amordazó a los que osaban pensar como ellos.

Paris le 24 mars 1793

Citoyen Chauvette Frère de l'Arc
 De Nom et Demeure de Citoyen qui vous
 ont été dénoncé pour avoir refusé de faire
 le serment, au acte Jugement que le Tribunal
 a rendu. Je propose qu'il serait très utile
 que ce Jugement fût rendu public par
 la voie de l'impression, afin de le
 communiquer à toutes les Sections

Le Commandant Général P. P.

Le tribunal est trop indigent
 et Galera bot.

FACSIMIL DE UN AUTÓGRAFO DE SANTERRE

En cuanto a los hebertistas, que dominaban en el club de los Franciscanos y que habían logrado invadir, por mediación de Bouchotte, ministro de la guerra, las oficinas de aquel ministerio, sus

(1) Michelet lo expresó perfectamente en estas líneas impregnadas de tristeza en que, recordando la palabra de Duport: *Labrad hono*, decía que la Revolución había de perecer porque los girondinos y los jacobinos «fueron igualmente lógicos políticos» que sólo marcaban «grados sobre una línea única». El más avanzado, Saint-Just, «no osó tocar la religión, ni la educación, ni el mismo fondo de las doctrinas sociales: apenas se entrevé lo que pensaba de la propiedad». De modo que *para asegurar la Revolución*, dice Michelet, faltaba aún la revolución religiosa y la revolución social, donde hubiese hallado su sostén, su fuerza, su profundidad.

ideas de gobierno les apartaban de una revolución económica. Hebert había hablado algunas veces en su periódico en sentido comunista (1); pero causar terror y procurar apoderarse del gobierno le pareció mucho más importante que la cuestión del pan, de la tierra o del trabajo organizado. La Comuna de 1871 produjo ese tipo de revolucionario.

Chaumette, por sus simpatías populares y su género de vida hubiera debido unirse a los comunistas. Por un momento hasta sufrió su influencia; pero el partido de los hebertistas, en que se hallaba confundido, no se apasionaba por ese género de ideas; no trataban de provocar en el pueblo una gran manifestación de su voluntad *social*; su idea consistía en apoderarse del poder por medio de una nueva depuración de la Convención, en deshacerse «de los hombres gastados y de piernas rotas en Revolución», como decía Momoro; aspiraban a someter la Convención al Ayuntamiento de París, por un nuevo 31 de mayo, pero apoyado esta vez por la fuerza militar del «ejército revolucionario». *Después veríamos.*



CHABOT

Pero los hebertistas calculaban mal; no se daban cuenta de que tenían sobre sí un Comité de Salud pública que hacía ya seis meses que había sabido constituirse en fuerza gubernamental y hacerse aceptable por la manera inteligente con que había dirigido la guerra, y un Comité de Seguridad general, que se había hecho muy poderoso por haber concentrado en sus manos una extensa policía secreta y haber adquirido el medio de enviar a la guillotina a quien quisiera por elevado que pareciera. Además, los hebertistas emprendieron la guerra sobre un terreno en que habían de ser vencidos, el Terror. En este punto tenían en contra suya todo un mundo gubernamental, hasta los que creían el Terror necesario para conducir la guerra.

(1) Tridon ha dado alguno de esos extractos en su estudio «Los Hebertistas» (*Œuvres diverses de G. Tridon*, París, 1891, págs. 86-90).

El Terror es siempre un arma *de gobierno*, y el gobierno constituido lo aprovechó contra ellos.

Resultaría desagradable el detalle de las intrigas de los diversos partidos que se disputaban el poder durante el curso del mes de diciembre y los primeros meses de 1794; baste decir que en aquella época luchaban cuatro grupos o partidos: el grupo robespierrista, que se componía de Robespierre y de sus amigos Saint-Just, Couthon, etc.;

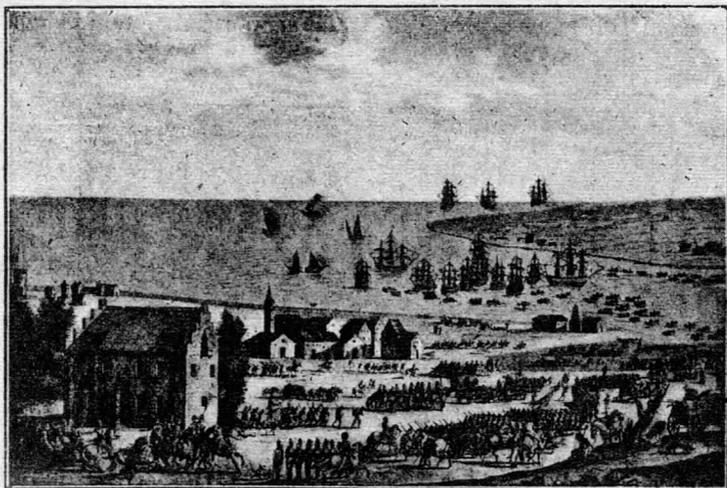


LIBERACIÓN DE LOS MODERADOS

el partido de los «cansados», que se agrupaba detrás de Danton (Fabre d'Églantine), Philippeaux, Bourdon, Camilo Desmoulins, etc.); el Ayuntamiento, que se confundía con los hebertistas, y los miembros del Comité de Salud pública (Billaud-Varenne y Collot d'Herbois) al que donominaban los *terroristas*, y a cuyo rededor se agrupaban los que no querían que la Revolución se desarmara pero que rechazaban el ascendiente de Robespierre, al que hacían guerra sorda, ni querían soportar el dominio del Ayuntamiento ni el de los hebertistas.

Danton estaba ya completamente «gastado» en concepto de los

revolucionarios, que veían en él un peligro, puesto que los girondinos se colocaban detrás de él. Sin embargo, a últimos de noviembre vimos a Robespierre y Danton marchar unidos para combatir el movimiento antirreligioso. En el club de los Jacobinos, que hacía entonces su «depuración», cuando le tocó el turno a Danton, ya muy atacado, de someterse al juicio depuratorio de aquella sociedad, Robespierre le tendió la mano; hizo más: se identificó con él.



EVACUACIÓN DE HOLANDA POR LOS ANGLO-RUSOS

Por otra parte, cuando Camilo Desmoulins lanzó, en 15 y 20 febrero (5 y 10 diciembre), los dos primeros números de su *Viejo Franciscano*, en los que aquel periodista, especialista en la calumnia, atacaba vilmente a Hebert y Chaumette, y comenzó una campaña en favor de la templanza en la persecución de los enemigos de la Revolución, Robespierre leyó esos dos números antes de su publicación y los aprobó. Durante la depuración también defendió a Desmoulins, lo que significaba que en aquel momento estaba dispuesto a hacer concesiones a los dantonistas mientras le ayudasen a atacar al partido de la izquierda, los hebertistas.

Eso hicieron de buen grado, con violencia por la pluma de Desmoulins en su *Viejo Franciscano*, y por la palabra de Philippeaux

en los jacobinos, donde extremó el ataque a la conducta de los generales hebertistas en la Vendée. Robespierre trabajó en la misma dirección contra un hebertista influyente (los jacobinos hasta le habían elegido presidente) Anacharsis Cloots, sobre el cual cayó con un odio completamente religioso. Cuando tocó a Cloots el turno de someterse a la depuración en los jacobinos, Robespierre hizo contra él un discurso lleno de hiel, en el que aquel puro idealista, adorador de la Revolución y propagandista inspirado de la Internacional de los descamisados, fué acusado de traición, por haber tenido relación



LA BATERÍA DE LOS HOMBRES SIN MIEDO

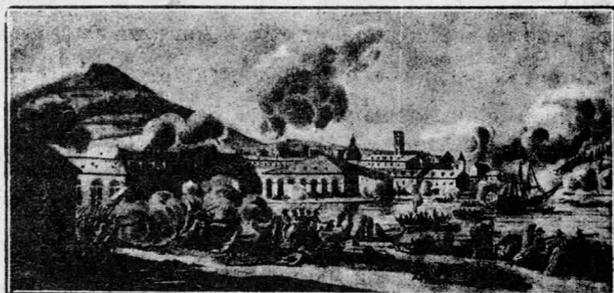
de negocios con los banqueros Vandenyver y haberse interesado por ellos cuando fueron acusados como sospechosos. Cloots fué excluído de los jacobinos el 22 frimario (12 diciembre), quedando señalado como víctima para el cadalso.

La insurrección del Mediodía se prolongaba lánguidamente, y Tolon permanecía en poder de los ingleses, dando lugar a que se acusara de incapacidad al Comité de Salud pública. Hasta se decía que el Comité quería abandonar el Mediodía a la contrarrevolución. Hubo día en que sólo faltó un punto para que cayera el Comité y fuera «enviado a la roca tarpeya», lo que hubiera aprovechado a los girondinos, a los «moderantistas», es decir, a la contrarrevolución.

El alma de la campaña emprendida contra el Comité de Salud pública, en los medios políticos, era Fabre d'Eglantine, uno de los

« moderantistas », secundado por Bourdon (del Oise); llegando, en los días del 22 al 27 frimario (12 a 17 diciembre), hasta una tentativa concertada de sublevar la Convención contra su Comité de Salud pública.

Pero si los dantonistas intrigaban así contra los robespierristas, ambos partidos se hallaban de acuerdo para atacar a los hebertistas. El 27 frimario (17 diciembre) Fabre d'Eglantine presentó a la Convención un dictamen pidiendo el arresto de tres hebertistas: Ronsin, general del ejército revolucionario de París; Vincent, secretario gene-



TOMA DE TOLÓN POR LOS FRANCESES EL 18 DE DICIEMBRE DE 1793
O 28 FRIMARIO AÑO II DE LA REPÚBLICA

ral del ministerio de la guerra, y Maillard, el mismo que condujo las mujeres a Versalles el 5 de octubre de 1789. Era una primera tentativa del «partido de la clemencia» para hacer un golpe de Estado en favor de los girondinos y de un régimen más pacifista. Todos aquellos que se habían aprovechado de la Revolución sentían la necesidad, como ya hemos dicho, de que se estableciera «el orden», y para lograrlo estaban dispuestos a sacrificar la República, si era preciso, y a darse una monarquía constitucional; muchos, como Danton, estaban cansados de los hombres, y pensaban que «era preciso acabar de una vez»; otros, por último — y éstos en todas las revoluciones son el partido más peligroso —, perdiendo fe en la Revolución a la vista de las fuerzas a que había de hacer frente, se preparaban a sacar partido de la reacción que veían venir.

Sin embargo, el arresto pedido de aquellos tres hebertistas hubiera recordado demasiado el de Hebert en 1793 (véase capítulo v), para que no se comprendiese que se preparaba un golpe de Estado en favor de la fracción girondina, que servía de punto de apoyo a la reacción. La aparición del tercer número del *Viejo Franciscano*, en el que Desmoulins, bajo formas tomadas a la historia romana, denunciaba todo el gobierno revolucionario, ayudó también a desenmascarar las intrigas, puesto que todo lo que había de contrarrevolucionario en París levantó la cabeza a la lectura de aquel número, anunciando el próximo fin de la Revolución.

Los franciscanos se colocaron inmediatamente al lado de los hebertistas, pero no supieron hallar otra razón para atraerse al pueblo que la necesidad de ser más enérgicos contra los enemigos de la Revolución. También ellos identificaban el Terror con la Revolución; pasaron la cabeza de Chalier por las calles de París e impulsaron al pueblo hacia un nuevo 31 de mayo, para provocar una nueva «deputación» de la Convención, alejando de ella «los hombres cansados y los piernas rotas»; pero sin saber ni, por consiguiente, decir qué harían si lograran el poder, ni qué dirección darían a la Revolución.

Una vez emprendida la lucha en tales condiciones, fácil fué al Comité de Salud pública parar el golpe. No rechazó el Terror, al contrario, el 5 nivoso (25 diciembre) Robespierre presentó su dictamen sobre el gobierno revolucionario, y si la substancia de aquel documento consistía en la necesidad de mantener *el equilibrio* entre los partidos demasiado avanzados y los partidos demasiado moderados, su conclusión era *la muerte a los enemigos del pueblo*. Al día siguiente pidió la aceleración de los juicios del tribunal revolucionario.

Al mismo tiempo, el 4 nivoso (24 diciembre), se supo en París que Tolon había sido tomado a los ingleses; el 5 y el 6 (25 y 26 diciembre), la Vendée quedaba dominada en Savenay; el 10, el ejército del Rhin, habiendo tomado la ofensiva, recobraba las líneas de Wissemburgo; se levantaba el bloqueo de Landau el 12 nivoso (1.º enero 1794), y los alemanes repasaban el Rhin.

Toda una serie de victorias decisivas reafirmaban la República. Con ellas se restableció la autoridad del Comité de Salud pública, y Camilo Desmoulins hizo pública retractación en su número 5, aunque continuando sus violentos ataques contra Hebert, lo que convirtió las sesiones del club de los Jacobinos, durante la segunda década de nivoso (del 31 diciembre al 10 enero 1794), en verdaderas luchas de personalismos. El día 10 de enero pronunciaron los jacobinos



CAMPAÑA DE ITALIA — TROPAS FRANCESAS EN MILLESIMO

la exclusión de Desmoulins de su club, y Robespierre tuvo que emplear toda su popularidad para obligar a aquella sociedad a no sostener aquella expulsión.

Sin embargo, el 24 nivoso (13 enero), los comités se decidieron a obrar, y causaron el terror en el campo de sus detractores haciendo detener a Fabre d'Eglantine, pretextando una acusación de falsificación de documento, anunciando escandalosamente que los Comités habían descubierto un gran complot con objeto de envilecer la representación nacional.

Se ha sabido después que la acusación que sirvió de pretexto para detener a Fabre d'Eglantine, la de haber falsificado un decreto

de la Convención en beneficio de la poderosa Compañía de las Indias, era falsa. El decreto concerniente a aquella Compañía había sido falsificado, en efecto, pero lo fué por otro representante. La pieza se conserva aún en los archivos, y desde que la descubrió Michelet se sabe que la falsificación está escrita por Delaunay; pero como el acusador público, Fouquier-Tinville, el hombre del Comité de Seguridad general, no permitió presentación de la pieza, antes ni durante el proceso, Fabre murió como falsificador, cuando el gobierno sólo quería desembarazarse de un hombre peligroso. Robespierre no intervino en este asunto (1).

Tres meses después fué ejecutado Fabre d'Englantine, lo mismo que Chabot, Delaunay, el clérigo Espagnac y los dos hermanos Frey, banqueros austriacos.

Así prosiguió la lucha sangrienta entre las diversas fracciones del partido revolucionario; y se comprende hasta qué punto se envenenarían esas luchas por la invasión y por los horrores de la guerra civil. No obstante, impónense ciertas consideraciones, a saber: ¿Qué causa impidió a la lucha de los partidos tomar un carácter encarnizado desde el principio de la Revolución? ¿A qué se debió que hombres de ideas políticas tan diferentes como los girondinos, Danton, Robespierre o Marat se entendieran para una acción común contra el despotismo real?

Es muy probable que las relaciones de intimidad y de fraternidad que se establecieron en París y en provincias, al aproximarse la Revo-

(1) El asunto era complicado. Los realistas tenían a su servicio un hombre muy hábil el barón de Batz, quien, por su valor y su habilidad para sustraerse a la persecución, adquirió una reputación casi legendaria. Aquel hombre, después de haber trabajado mucho tiempo para la evasión de María Antonieta, excitó a algunos miembros de la Convención a hacerse grandes fortunas ocupándose de negocios de agiotaje, con dinero que suministraría el clérigo Espagnac. Reunió un día en su casa a Jullien (de Tolosa), Delaunay, Bazire (dantonista), al banquero Benoit, al poeta Laharpe, la condesa de Beaufort, querida de Jullien, y a Chabot, ex-cura que por un momento fué favorito del pueblo, casado con una austriaca, hermana del banquero Frey. Se trató de seducir a Fabre y se conquistó a Delaunay para un asunto concerniente a la compañía de las Indias. Se atacó a esa compañía en la Convención, y ésta ordenó que se procediera a la liquidación de la compañía por comisarios especiales, confiando la redacción del decreto a Delaunay. El proyecto de decreto fué firmado por Fabre, después de hacer algunas correcciones con lápiz; pero después se hicieron otras correcciones, ventajosas para la Compañía, con tinta, en ese mismo proyecto de decreto, por Delaunay, y sin discutir el proyecto en la Convención, se hizo pasar el proyecto por decreto.

lución, entre los hombres notables de la época en las logias masónicas contribuyeran a facilitar esa concordancia. Se sabe, en efecto, por Luis Blanc, Henri Martin y por la excelente monografía del profesor Ernesto Nys (1), que casi todos los revolucionarios famosos pertenecieron a la franc-masonería. Mirabeau, Bailly, Danton, Robespierre, Marat, Condorcet, Brissot, Lalande, etc., eran masones, y el duque de Orleans (Felipe Igualdad) fué el gran maestro nacional hasta el 31 de



CAMPAÑA DE ESPAÑA — ENTRADA DE LOS FRANCESES EN VITORIA

mayo de 1793. Por otra parte, se sabe también que Robespierre, Mirabeau, Lavoisier y muchos otros pertenecieron a las logias de Iluminados, fundadas por Weishaupt, cuyo objeto era «librar los pueblos de la tiranía de los príncipes y de los sacerdotes, y, como progreso inmediato librar los campesinos y los obreros de la servidumbre, de la prestación personal y de los gremios».

Es cierto, como dice Nys, que «por sus tendencias humanitarias, por el sentimiento inquebrantable de la dignidad del hombre, por los principios de libertad, de igualdad y de fraternidad» la masonería ayudó poderosamente a preparar la opinión pública para las ideas nuevas, considerando que por ella, «sobre todos los puntos del terri-

(1) Ernesto Nys, *Idées modernes. Droit International et Franc-Maçonnerie*, Bruselas, 1908.

torio se celebraban reuniones en que se exponían y aclamaban las ideas progresivas, y en que — punto más importante que lo que generalmente se piensa — se formaban los hombres aptos para discutir y para votar». La unión de los tres órdenes en junio de 1789, y la noche del 4 de agosto fueron muy probablemente preparadas en las logias (1).

Ese trabajo preliminar debió necesariamente establecer también relaciones personales y hábitos de respeto mutuo entre los hombres de acción, aparte de los intereses, siempre estrechos, de los partidos, lo que permitió a los revolucionarios obrar con cierto acuerdo durante cuatro años para abatir el despotismo real. Sin embargo, sometidos después a demasiado rudas pruebas, sobre todo después que los franc-masones mismos se dividieron sobre la cuestión de la monarquía, aún más sobre las tentativas comunistas, esas relaciones no pudieron durar hasta el fin de la Revolución, y entonces la lucha se desencadenó con inaudito furor.

(1) *Ibid.*, págs. 82, 83.

